

UN TOLEDANO EN LA PATAGONIA ARGENTINA

VICENTE BODAS CHICO

Correspondiente en Argentina

Soledad, viento y silencio. Son los habitantes permanentes de la inmensa Patagonia. 1.013.528 kilómetros cuadrados entre los océanos Atlántico y Pacífico. Al este de la Cordillera de Los Andes. Aquí termina el continente americano y comienza la Antártida, la parte más austral del planeta. La Patagonia sigue siendo en muchos sentidos la «terra ignota». Abarca las provincias argentinas de Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego. Es casi la mitad del territorio argentino y dos veces el territorio español. Hace 219 años 200 familias españolas comenzaron a poblar la Patagonia, obedeciendo a un inteligente criterio geo-político-militar, pero hace 477 años que Hernando de Magallanes la había «bautizado» cuando el 1 de abril de 1520 mandó rezar la primera Misa en territorio argentino, en la acogedora Bahía de Puerto San Julián, y antes de unir el Atlántico con el Pacífico por el trascendental Estrecho que lleva su nombre.

Hubo urgentes y estratégicas razones para poblar y defender la Patagonia contra las incursiones de los piratas, balleneros y colonos ingleses, que pretenden resarcirse de sus vastas posesiones perdidas en América del Norte. Por eso firma una Real Orden Carlos III el 24 de mayo de 1778. Y por eso el Ministro de la Corona, Conde de Floridablanca, dos meses después da instrucciones concretas al Ministro de Indias, José de Gálvez. El «operativo Patagonia» tuvo una importancia fundamental, y encierra una visión y un heroísmo, que hubieran sido dignos de no olvidarse, así como de una continuidad y culminación.

Colonia Floridablanca.

Aquel operativo se concretó en cuatro estratégicas fundaciones: San José (actual Península de Valdés), Puerto del Río Negro (las actuales ciudades de Viedma y Carmen de Patagones), Puerto Deseado y Puerto San Julián con la «Nueva Colonia de Floridablanca». El silencioso y elocuente testimonio de las abandonadas ruinas de esta Colonia son, en gran parte, el prólogo de la asombrosa y maravillosa Patagonia. Esas ruinas, y todo lo que hay enterrado allí, fueron testigos de la azarosa y dura vida de las primeras 200 familias españolas que cruzaron, Dios sabe cómo, el Atlántico y vinieron con arados y semillas a cumplir la histórica misión de poblar la Patagonia. A partir de ahí comenzará un incesante movimiento emigratorio. Para reclutar a esas 200 familias voluntarias se imprimieron 3.836 carteles que se fijaron principalmente en Galicia, León y Asturias. Dos nombres, dos hermanos de gran temple, ocupan el primer plano de esta programada y riesgosa expedición: Francisco y Antonio de Viedma. Fiel y proféticamente el «Diario de Viedma», rumbo a la Patagonia, comienza cada mañana así: «Amaneció claro... amaneció cerrado de niebla... amaneció la mar llana... amaneció aturbunado... amaneció toldado... amaneció ofuscado... amaneció apacible... amaneció la mar ampolada... amaneció bonancible... amaneció la mar picada... amaneció como había anochecido». Y en realidad esta amaneciendo sobre la Patagonia. Allí se creó una laboriosa y organizada comunidad, desarrollando incansablemente la agricultura, la horticultura y la ganadería. Hasta se establecieron competencias para estimular la productividad de aquellos primeros colonos españoles. Sin descuidar la educación. Allí estaba Juan Gómez de la Pinta, el primer y sufrido maestro de la Patagonia. Las intenciones de poblar la Patagonia eran tales que los vecinos solteros piden autorización al Virrey Vértiz para ir a casarse a Montevideo «por no haber allí mozas en

estado de merecer». El Virrey les otorga el permiso con tal de que regresen con sus mujeres a la Patagonia. Aquellos abnegados colonos sembraban, plantaban, pescaban, criaban ganado, salaban carnes que enviaban a Buenos Aires, descubrían tierras, lagos y ríos, custodiaban la soberanía en las costas. Todo eso en el desierto patagónico, como un ejemplo de posibilismo geográfico y humano. Es de incalculable valor el aporte del «Diario de Viedma» en la descripción de la naturaleza de los terrenos, sus producciones, clima, habitantes, religión, costumbres, vestido y trato; de la fauna y de la flora. Como es también valiosísimo el catálogo de las voces que fue posible oír y entender a los indios patagones, que frecuentaban las inmediaciones de Colonia Floridablanca. Un pequeño y práctico diccionario, escuchado y pacientemente reproducido para asegurar la comunicación y la convivencia. Porque aquellas 200 familias españolas convivieron pacíficamente con los indios, se complementaron y se respetaron. Un ejemplo más de que la «leyenda blanca» es menos conocida que la «leyenda negra» de la colonización española.

Operativo inconcluso.

«Queoqué» en el lenguaje de los indios patagones significa «amanecer». Y ciertamente amaneció sobre la Patagonia gracias a la visión política de un gobierno español y al heroísmo de un puñado de hombres y mujeres españoles, esparcidos sobre aquella inmensa tierra prometida, que sigue siendo promesa y desafío. Porque la experiencia pionera de Colonia Floridablanca lamentablemente se vió interrumpida. El Virrey Vértiz no fue fiel intérprete de las inteligentes ideas de Carlos III, y ordenó el desmantelamiento cuando comenzaron las guerras de independencia en el norte del Virreynato del Río de la Plata. La orden fue terminante: «el fuerte quedará enteramente deshecho y reducido a cenizas para que nadie se apro-

veche de él». A las doce de la noche del 28 de enero de 1784 se incendió aquella estratégica colonia que tantos sacrificios había costado. Las llamas reflejadas en las tranquilas aguas de Bahía San Julián, ante el mudo asombro de los indios, era un holocausto a la divinidad «Camalásque» de la Patagonia, para que no murieran en el sur del mundo las esperanzas sembradas. Entre las ruinas y cenizas de Floridablanca, cara a los cuatro cielos del año, entre coirones, viento y silencio, quedaron unas pilastras con la siguiente inscripción: «Esta Bahía de San Julián, sus terrenos y costas, pertenecen al Rey de España, de que ha tenido y tiene la posesión, y como tal de Real Orden de visitar anualmente para que otra ninguna nación las pueda ocupar». Aquellas ruinas de Floridablanca, debajo de las cuales se encuentran materiales e implementos intactos, merecen mayor atención, protección y devoción. Son el primer intento poblacional sistemático de la Patagonia. No hay nada más contrario a la soberanía nacional que el «vacío poblacional». Y la Patagonia Austral sigue casi despoblada. Un habitante por kilómetro cuadrado. Si la Patagonia se hubiera poblado, los grandes conflictos que enfrenta la Argentina no serían tales: «las plataformas continentales, las jurisdicciones marítimas, el problema de los archipiélagos del Atlántico Sur, las Islas Malvinas, el problema de la Antártida». Según el investigador Carlos Cedrón, quien lo prueba con fundados argumentos, cerca de las costas de San Julián permanece hundido un barco de la expedición de Magallanes. Sería un clásico bergantín de dos palos y entre 14 y 18 cañones. Una prueba más del desinterés y el olvido. Cualquiera que se acerque, como mi familia y yo nos hemos acercado, a la magnitud y misterio de la Patagonia, queda prendido de la Cruz del Sur, y encuentra irrefutables respuestas en el desierto del mar y de la tierra, en el azul de los lagos, en los fríos bosques petrificados por los millones de años, en la soledad y el silencio. Así hacemos referencia a un capítulo de la historia poco conocido por españoles y argentinos. No hay muchos

toledanos por aquí. Nuestro pueblo es centrípeta, más que centrífugo. La emigración española hacia la Argentina naturalmente se cortó. Los que han quedado son, sobre todo de origen gallego, andaluz, asturiano, valenciano, catalán y vasco. Pero sí quiero hacer mención a un toledano que se constituyó en uno de los próceres de la Historia Argentina: el General Juan Gregorio de Las Heras (1780-1866), cuyos padres eran oriundos de Belvís de la Jara. El General Las heras, como se le conoce aquí, tuvo un papel fundamental en la Independencia de Argentina, Chile y Perú, y son famosas sus hazañas en la batalla de «Cancha Rayada».